

Don Carlos Emilio Porter Mosso

Sabio naturalista chileno
(1867 - 1942)



En 1897, cuando el siglo XIX se hallaba en sus postrimerías, un joven naturalista chileno cumplía 30 años. Había nacido en Valparaíso y fundaba una Revista de origen muy modesto que denominaba "Revista Chilena de Historia Natural". Nadie hubiese creído que, al correr de los años, se convertiría en monumento viviente a su fundador, el Dr. Carlos E. Porter, quien creó así un órgano publicitario científico que ha sido la honra de Chile y de América. Durante más de 45 años logró mantenerla activa y sus páginas constituyen hoy un archivo enciclopédico de los conocimientos adquiridos sobre la naturaleza chilena. Solicitada por investigadores e instituciones científicas de casi todos los continentes ha sido premiada por innumerables instituciones nacionales y extranjeras, entre las que sobresale la Acade-

mia de Ciencias de París (Prix Gay). A esta monumental obra contribuyeron, con numerosos trabajos originales, los naturalistas más prominentes de Chile, América y Europa, de destacada labor en la primera mitad del siglo XX, incluyendo la colaboración de un Premio Nobel de habla hispana: don Santiago Ramón y Cajal. Por esta obra fue conocido Chile en el exterior. La Revista Chilena de Historia Natural representaba la ciencia chilena y, sin duda, fue su mejor exponente. "De este modo el nombre de nuestro país" --como lo expresaba "El Mercurio" del 24 de diciembre de 1942-- "resonaba en los más importantes centros culturales del planeta, hasta el punto que nuestros compatriotas llegaban a un país lejano, y al informar a cualquier miembro de una Corporación científica de dónde iba, se le dijera: ¡Ah, usted es de la tierra de Porter".

Porter creó, además, en 1914, los "Anales de Zoología Aplicada", que a partir de 1924 fueron refundidos con la Revista Chilena de Historia Natural. Sus páginas contienen artículos de Zoología agrícola, médica y veterinaria.

La iniciativa de Porter en el campo zoológico fue fecunda y, como consta en sus propios antecedentes, fundó en Santiago, en abril de 1928, un Instituto de Zoología General y Sistemática, "dedicado con especialidad al estudio de los artrópodos chilenos y al de los parásitos animales". Las bases de ese Instituto fueron su riquísima biblioteca en Ciencias Naturales, que contenía tratados de carácter general, monografías de Anatomía Comparada, Zoología, Histología Normal, Parasitología, Sistemática de Insectos, Crustáceos, Acaros, Zoología Económica y Fauna de Chile. Incluía también un laboratorio de microscopía y colecciones especiales de Crustáceos, Cerebrídeos, Sírfidos, Hemípteros, Brúquidos, Meloides, Esfíngidos y Zoocecidias, acumulados por Porter durante muchos años de tesonera labor. La "Revista Chilena

de Historia Natural” era el órgano publicitario oficial del Instituto.

La biblioteca de esta institución privada, que existió en la casa de don Carlos, pasó después de su muerte a integrar la Biblioteca del Departamento de Biología de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, comprometiéndose la Universidad a denominarle “Biblioteca Carlos E. Porter”. Parte de esta colección bibliográfica integraría más tarde la Biblioteca de la Estación de Biología Marina de la Universidad de Chile en Montemar (hoy Instituto de Oceanología de la Universidad de Valparaíso). Allí se encuentra depositada la colección de la “Revista Chilena de Historia Natural” que Porter poseía, la cual, hasta la fecha de fundación de la Estación, era la más completa que existía en el mundo.

Este Instituto de Zoología General y Sistemática sirvió de inspiración para crear más tarde, en 1957, el Centro de Investigaciones Zoológicas de la Universidad de Chile, que durante años funcionó en el Campus Oriente de la Universidad (Sede hoy de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas), siendo su primer Director el Prof. Guillermo Mann Fischer, uno de los zoólogos más distinguidos con que ha contado el país. La labor docente y de investigación científica en el área zoológica y ecológica es continuada hoy por sus colaboradores y discípulos en diferentes Centros universitarios y de Educación superior del país.

La labor de Porter es aún más trascendente. Fue el primer Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso, cuyas Memorias y Estadísticas quedaron impresas en la “Revista Chilena de Historia Natural”. Fundado en 1897, fue destruido por el terremoto del 16 de agosto de 1906. Después de esta catástrofe, Porter llegó a Santiago, donde echó las bases de un nuevo Museo de Valparaíso, su ciudad natal, utilizando una sala del Liceo Amunátegui de Santiago entre noviembre de 1906 y julio de 1910, fecha en que Porter fue enviado en Comisión al extranjero.

En Valparaíso don Carlos alternaba sus labores de Director del Museo de Historia Natural con las de Profesor de Fisiología e Higiene en la Escuela de Ingenieros de la

Armada de Chile (1900-1905) y con las de Profesor de Historia Natural, Fisiología e Higiene en la Escuela Naval (1900-1906), siendo además el primer profesor de Microscopía del Instituto Técnico Comercial de Valparaíso.

A su regreso de Europa ejerció en Santiago labores de Profesor de Ciencias Naturales en la Escuela Militar (1912-1918), Profesor de Zoología, Entomología y Microscopía del Instituto Agronómico de Chile y Director del Museo y Laboratorio de Zoología Aplicada en la Escuela Nacional de Medicina Veterinaria (1924-1927) y Prof. de Parasitología Animal en la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile (1911-1934). Además fue Profesor en la Universidad Católica de Chile.

El Museo Nacional de Historia Natural también lo contó entre su personal científico, desempeñándose como Jefe de la Sección Invertebrados (1912-1923), Jefe de la Sección Entomología (1924-1927) y Profesor de su Escuela de Altos Estudios, donde dictó los Cursos de Zoogeografía de Invertebrados y de Histología Normal.

Durante su vida científica hizo numerosas excursiones por diversas partes del país, dio centenares de Conferencias públicas en diversas ciudades de Chile, Argentina y Europa.

Vasta es la obra científica de Porter, fruto de su laboriosidad infatigable, de una vida llena de esfuerzo, tenacidad, perseverancia y dedicación a la Ciencia. Ejemplo perenne para las generaciones venideras.

Su labor bibliográfica, inmensa en el campo de las Ciencias Naturales, le permitió adquirir renombre en Chile, América y el mundo entero. El número de publicaciones, libros y comunicaciones científicas sobrepasa los 400, la mayor parte de las cuales ha sido recopilada por el Museo Nacional de Historia Natural.

Trató de preparar una nueva edición de la parte Zoológica de la Obra de don Claudio Gay: la había planificado en 14 volúmenes, formato 8º e ilustrada, y comprometió la colaboración de más de 150 especialistas.

Al decir de sus contemporáneos, “fue un modelo de actividad y compañerismo y un

misionero de la Ciencia". "En su infancia se le veía correr en los arenales marítimos de Caldera, donde estaba radicada su familia, cazando insectos durante las espléndidas primaveras de esa zona; allí reunió sus primeras colecciones".

Numerosos naturalistas chilenos encontraron en el sabio Porter --designación con la cual lo distinguieron los Naturalistas y otros personajes de la época-- la respuesta documentada a sus inquietudes e interrogantes, la reafirmación de sus vocaciones y el deseo de emularlo. Gustaba enseñar a los niños y a los jóvenes, inculcándoles el cariño por las Ciencias de la Naturaleza.

Sus biógrafos han descrito en parte los rasgos de su personalidad. Pequeño y napoleónico. Diariamente iba al correo a recoger, contestar y/o depositar su correspondencia. A todos contestaba sus cartas. Tenía la distracciones del hombre que va directamente en pos de un ideal y a quien nada importa lo que le salga al paso o le impida llegar al logro de sus anhelos... se abstrae de la realidad viviente y vive en una mansión ajena a todo convencionalismo y a toda relación humana. Su ser se desdobra en otro y pasa a ser una entidad nueva, abstracta, intangible. En ese estado de obsesión psicológica ha podido realizar acciones de una perfecta incomprensión e irresponsabilidad, como quedarse sin comer, o sin dormir, o alejarse de casa cuando tenía convidados. Tiene la ingenuidad de los sabios.

De ascendencia norteamericana, sus padres fueron doña Emilia Mosso y don Carlos Porter W., marino chileno compañero de ilustres personajes y descendiente del Comodoro norteamericano David George Porter, uno de los héroes más grandes de su Patria. Estuvo casado con Otilia de la Barra, con quien tuvo 5 hijos: Ricardo, Berta, Carlos Oscar, Alfredo y Lucy.

Las Ciencias Naturales lo atrajeron desde sus años juveniles pasados en Valparaíso. Se especializó en Zoología y preferentemente en Entomología y "los insectos pasaron a servirle de campo de experimentación, de sondaje científico y de instrumentos de gloria".

Jubiló en 1928, después de 33 años de servicios públicos. Después de su jubilación no hizo otra cosa que robustecer su investigación, ampliar las páginas de la "Revista Chilena de Historia Natural", entrar en comunicación con nuevos centros científicos del mundo entero, formar nuevos científicos y enriquecer con nuevas especies el saber entomológico.

Durante su vida recibió numerosos estímulos y premios, tanto del país como del extranjero, que difícilmente serán superados por otros científicos nacionales, justa recompensa a su incomparable labor. Profesor Honorario, Doctor Honoris Causa, Académico Extranjero, Miembro Correspondiente de Sociedades Científicas, Medallas y Condecoraciones entre otras distinciones.

Fue Miembro Académico de la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales de la Universidad de Chile. Primer Presidente de la Sociedad Chilena de Entomología. A su muerte, el 13 de diciembre de 1942, en pleno trabajo, era miembro académico de la Facultad de Medicina Veterinaria (desde 1938) y Miembro Honorario de la Facultad de Agronomía.

Después de su fallecimiento se rindieron múltiples homenajes en Chile y en el extranjero, recordando su obra, y la comunidad científica fue unánime al opinar que el mejor homenaje a rendir al sabio y meritorio maestro era continuar su Revista.

Diversos acontecimientos se confabularon para que ésta se materializara sólo circunstancialmente. Así aparecieron algunos volúmenes después del fallecimiento de don Carlos. Hoy, 40 años después de su muerte, como el Ave Fénix, la "Revista Chilena de Historia Natural" renace con el patrocinio y respaldo científico de la Sociedad de Biología de Chile, que ha querido tributar así un homenaje imperecedero a este ilustre naturalista, investigador, editor y catedrático, honra de las Ciencias Naturales de Chile y América.